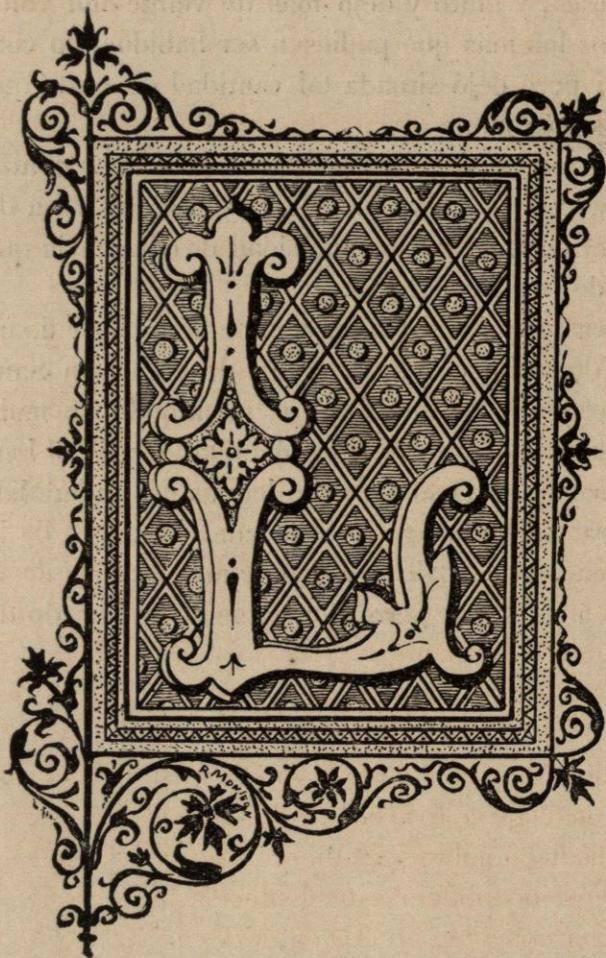


DON HERNANDO COLON



es grandes hombres, aquellos que marcan las épocas en que la Historia debe dividirse, no dejan nunca descendientes dignos de su gloria; no los tuvo Moisés; no dejó herederos legítimos Alejandro; no logró César por la adopción, que Bruto continuara su obra portentosa; Carlomagno no tuvo descendencia que llevase á término y mantuviese la suya: No era posible que Colón, más grande quizá que todos ellos, se sustrajese á esta que parece ley general y

que se funda en las condiciones de nuestra especie, en la cual lo individual, lo que constituye la persona, tiene un carácter mucho más profundo y marcado que en todos los seres vivos que existen en la naturaleza.

Fué, sin duda, el segundo Almirante D. Diego, un buen caballero, que defendió con tenacidad, aunque sin gran energía, los derechos heredados de su padre, principiando el largo proceso sostenido con tanta insistencia por los fiscales en representación de la Corona. No podía ocultarse á persona tan sagaz, á político tan consu-

mado como D. Fernando el Católico que, si se hubieran cumplido ampliamente las condiciones pactadas en el tratado de Santa Fe, los descendientes de Colón hubieran llegado á ser rivales temibles de los Reyes de Castilla, y seguramente la independencia de América se hubiese verificado en otras condiciones y más brevemente que se verificó al cabo. Estas consideraciones las expresó el Rey contestando á D. Diego que le pedía el nombramiento de gobernador de las Indias, diciéndole: yo por vos lo haría, pero temo lo que podría acontecer con vuestros sucesores.

El hijo único varón de D. Diego, nieto de Colón, llamado D. Luis, fué un triste personaje condenado por el delito de bigamia en el que fué reincidente, y después de una vida azarosa y desordenada murió olvidado en el destierro, terminando con él la sucesión masculina del descubridor del Nuevo Mundo.

Mayor honra dió á su nombre el hijo habido por Colón en Beatriz Enríquez cuando, para lograr la realización de sus grandiosos proyectos, residió en Córdoba, donde la Corte solía asistir para preparar las campañas que dieron por brillante resultado el término de la reconquista de la Península después de ocho siglos de dominación agarena.

En vano pretenden algunos escritores movidos de piadosos deseos, aunque con poca crítica, demostrar que D. Fernando fué hijo legítimo de Colón; el testamento otorgado por éste es una prueba decisiva de lo contrario. Pero en aquellos tiempos, más todavía que en los actuales, la bastardía no imprimía un estigma ignominioso ni al bastardo ni á su padre; el Gran Cardenal de España, siendo ya obispo, tuvo hijos que fueron tronco de algunas de las principales casas de España; uno de ellos el Conde de Tendilla, tuvo el alto honor de tremolar el pendón real en la torre de la Vela en señal de la conquista de Granada, poco después que Colón firmó las capitulaciones de Santa Fe, siendo ya padre de D. Fernando.

Nació éste en Córdoba el 15 de Agosto de 1488 y siempre le tuvo su padre el más puro afecto, recordándole al par que á su hijo legítimo, cuando da rienda suelta á sus tristezas en la relación de su primer viaje. Apenas llegado al límite de su primera infancia, su tío Bartolomé, de vuelta de un viaje á Francia, le llevó de Córdoba á la Corte en 1494 y, aunque alguien dice que fué nombrado entonces paje de los Reyes al mismo tiempo que su hermano D. Diego, no obtuvo esta distinción hasta el 18 de Febrero de 1498 por albalá de ésta fecha expedido en Alcalá de Henares.

Era la Corte en aquella época centro de civilización al que asistían sabios y literatos insignes no sólo nacionales sino extranjeros, principalmente italianos, tales como Pedro Mártir de Angleria y Lucio Marineo Sículo que trajeron á España la nueva y poderosa influencia del espíritu que entonces reinaba en la península que bañan, así como la nuestra, las aguas del Mediterráneo. En esta escuela se desarrolló el amor á las ciencias y á las letras que dominó siempre en el corazón de D. Fernando, y, sin duda estaba ya muy iniciado en ellas, cuando en 1502 le llevó su padre, no obstante sus pocos años, á su cuarto y último viaje.

Vuelto á España, donde llegó en 7 de Noviembre de 1504, fué en 3 de Diciembre

á la Corte, que residía en Segovia, para gestionar los asuntos de su padre, quien llegó al mismo lugar en 1505, y todo indica que no se separaron ya hasta la muerte del primer Almirante, ocurrida como se sabe en Valladolid el día de la Ascensión de 1506.

Según claramente se expresa en el epitafio de su sepulcro compuesto por él mismo en verso latino, D. Fernando hizo tres viajes al Nuevo Mundo descubierto por su padre, emprendió el segundo en compañía de su hermano D. Diego, cuando logró el gobierno de las Indias, para donde partió desde Sanlúcar el 10 de Julio de 1509, estando de retorno D. Fernando en el siguiente de 1510. Obtuvo entonces cuatrocientos indios de repartimiento, que conservó no obstante su venida á la Península por gracia especial, de que empezaron á gozar personas que ni aun habían estado en las Indias, y sin duda esto fué origen de las cuantiosas rentas á que tan buen empleo dió D. Fernando, el cual no tuvo el encargo de fundar iglesias en Santo Domingo, donde residió muy pocos meses, como dice el Sr. Harris, interpretando con error evidente estas palabras del cronista Herrera, quien hablando de D. Diego dice: «tuvo orden del Rey para aprovechar á su hermano D. Hernando cuanto pudiese y de poner todo cuidado en la fábrica de las Iglesias y monasterios.» Como se ve, no fué D. Hernando, sino D. Diego el segundo Almirante, quien recibió orden de poner cuidado en la fábrica de las iglesias y monasterios.

En efecto, la instrucción que se dió á D. Diego Colón para el gobierno de las Indias que lleva la fecha de 3 de Mayo de 1509, empieza como de costumbre recomendándole las cosas del servicio de Dios Nuestro Señor, y con este motivo dice el Rey que ha enviado suplicación al Padre Santo sobre los prelados que se habían de proveer en la isla Española, donde pensó establecer tres obispados.

Volvió, como hemos dicho, D. Hernando á España, mandando la primera flota que envió desde la Española su hermano D. Diego, entre otros motivos para continuar sus estudios, según dice el P. Las Casas en su historia ¹ y á poco de su llegada dió testimonio de su amor á las letras y á los libros, pues en uno de sus catálogos, hace notar que el ms. titulado *libro de la menescalía compuesto por Mosen Manuel* se lo dió un tal Almeyda, paje de D. Hernando de Toledo, en Valladolid, en el mes de Enero de 1510.

Tuvo D. Hernando el buen acuerdo de notar en la última hoja de sus libros el lugar y año en que los adquiría, y lo que le costaban, y con estas indicaciones, trasladadas á sus catálogos, es fácil seguir con bastante exactitud los viajes que hizo y los lugares en que residió durante su vida. Por esto sabemos que en 1511 residía en Sevilla, ciudad de su especial predilección, pues en el número 3.787 de uno de sus catálogos, hace mención del «original del libro que yo hice y envié al Cardenal don Fray Francisco Ximenez desde Sevilla en 1511, dicho *Colón de Concordia*. En esta obra se muestra que en nuestros días (los de Colón) sería todo el mundo de Oriente á Occidente por todas partes navegado y la forma que en ello se había de tener. En

¹ Lib. II, cap. I, pág. 256, tomo I.

el segundo volumen se demuestra que por todo el mundo asimismo en nuestros días sería la palabra del Evangelio divulgada y recibida, y en el tercero se prueba que el universal imperio había de ser á la corona de España concedido.»

No fué ésta la única obra literaria de D. Fernando, á pesar de que no parecía lo más apropiado para escribirlas y para fomentar sus aficiones la extrema movilidad, en que, como la mayor parte de las personas importantes de aquella época, vivió casi siempre; así en el mes de Junio del mismo año de 1511 estaba en Lérida; allí compró muchos libros catalanes, y poco después emprendió su primer viaje á Roma, donde pasó cerca de un año ocupándose principalmente en sus aficiones literarias, como consta de varias anotaciones de sus libros especialmente en la de un ejemplar de Juvenal, en que dice: «Costó en Roma 60 cuatrines año de 1512 y un ducado de oro vale 307 cuatrines y luego añade: Ego D. Fernando Colón audivi Romæ hunc librum, quodam meo magistro exponente a 6 die decembris 1512 usque ad 20 ejusdem mensis.» Asimismo en el ejemplar del folleto titulado *Sermo. Fr. Dyonisis Vazquez, hispani*, dice: «Hunc sermonem audivi viva voce auctoris, Romæ mensis Martis 1513.»

En este mismo año volvió á España directamente por mar, hallándose en Agosto en Barcelona, pasando luego á Tarragona y después á Valencia. En el año siguiente estuvo en Madrid, en Medina del Campo y en Valladolid, pero volvió pronto á Italia pues en Enero de 1515 estaba en Génova, y en Junio y Septiembre del mismo año en Roma, después de haber recorrido las principales ciudades de aquella península. Á fines de Julio de 1516 estaba en Medina del Campo y en la nota puesta al libro titulado: «*De correccione Kalendarii*, dice: Este tratado me envió maestro Pedro de Salamanca á los 29 de Mayo de 1517 y recibilo en Madrid á 16 de Junio del dicho año.» Es dudoso que en este año volviese á Roma, á pesar de que uno de sus libros aparece comprado en esta ciudad el 17 de Junio, pues aunque sin fijar mes ni día consta que en 1517 estaba en Alcalá donde Antonio de Nebrixa le dió la «tabla de la diversidad de los días y horas en las cibdades, villas y lugares de España y otros» de Europa que les corresponden por sus paralelos», sin duda por haber á la sazón consultado con el ilustre gramático el pensamiento de la *descripción y cosmografía de España*, que empezó á escribir probablemente después de esta consulta el 3 de Agosto de este mismo año de 1517.

De Enero á Marzo del siguiente, 1518, estaba de D. Fernando en Valladolid donde celebró Cortes Carlos V. siendo curiosa la siguiente nota de un ejemplar de las tragedias de Séneca.—«Sábado seis de Marzo de 1518 comencé á leer este libro» y á pasar las notas dél en el indice en Valladolid; y distraído por muchas ocupaciones y caminos no lo pude acabar hasta el domingo ocho de Julio de 1520 en Bruselas de Flandes, en el qual tiempo las anotaciones que hay desde el núm. 1.559 en adelante aun no estan pasadas en el indice porque quedó en España.

» Miércoles 19 de Enero de 1524 entre las doce y la una lo torné otra vez á pasar y añadí las anotaciones que tienen dos virgulas y las dicciones sublineadas que

» tienen una al fin de la línea y comence á pasar otra vez las notas al índice añadiendo las autoridades.»

Estas anotaciones demuestran la especial afición que tuvo D. Fernando Colón á Seneca el trágico, motivada sin duda por aquellos versos de la Medea que parecen una profecía del descubrimiento del Nuevo Mundo.

Venient annis secula seris
 Quibus oceanus vincula rerum
 Laxet, et ingens pateat tellus
 Typhisque novos delegat orbis
 Nec sit terris ultima Thule.

Hallábase en Julio de 1518 en Medina y en Septiembre del mismo año dió principio en Segovia á su diccionario de definiciones de que existe en la Colombina el primer tomo, en el que consta la siguiente advertencia escrita de su puño: «Die lunæ Septembri sexta 1518 in civitate Secubiensi hora 8 ante meridiem incipi hunc.»

No hay rastro de D. Fernando durante el año de 1519, pero es probable que anduviese en la Corte y que por tanto asistiese á las gestiones de las Cosas en favor de los índicos y en particular á la famosa disputa entre éste y el obispo Quevedo sostenida en presencia de Carlos V, elegido en Junio de aquel año Emperador de Alemania para donde salió en 22 de Mayo de 1520, siendo del viaje D. Fernando, pues como resulta de la nota del Séneca que hemos copiado, estaba en Bruselas el 8 de Julio al mismo tiempo que residía en esta ciudad el Emperador; recorrió entonces varias ciudades de Alemania, pues en Worms le concedió el Monarca una pensión de 200.000 mrs. sobre la tesorería de Indias en pago de sus servicios. En Diciembre de este mismo año estaba en Génova, y en Enero siguiente en Savona, donde sin duda fué á conocer á la familia de su padre, recorriendo luego algunas ciudades de Italia, de donde volvió por Suiza á Alemania, y siguiendo la Corte, anduvo por los Países Bajos, pasó con el Emperador á Inglaterra y volvió con él á España en 1522, en el mes de Octubre.

En 19 de Febrero de 1524 fué nombrado con otros árbitro para dirimir la contienda con Portugal sobre las Molucas, y con este motivo residió algún tiempo en Badajoz, pero ya en el mes de Octubre estaba en Medina del Campo y en Valladolid, recorriendo durante aquel año y el siguiente varias ciudades de España, de donde pasó por breve tiempo á Roma, estando de vuelta en Sevilla en Noviembre, pues en el libro de Fernán-Pérez de Oliva, *Muestra de la lengua castellana en el nacimiento de Hércules*, dice: «Diomelo el autor en Sevilla á 27 de Noviembre de 1525.»

Fué Sevilla ciudad predilecta de D. Fernando, como también lo había sido de su padre, tanto por la hermosura de su situación y clima, cuanto porque entonces era el punto de partida y de arribada de las naves que hacían la carrera de las Indias, y por tanto, el centro de la nueva vida que produjo en Europa el descubrimiento de las Indias occidentales; por eso, no sólo residió D. Fernando en ella durante cuatro

años consecutivos, desde fines de 1525, sino que se dispuso á pasar en ella el resto de su vida, levantando un magnífico palacio en medio de amenos jardines á la orilla del Guadalquivir, fuera de la puerta llamada hoy Real y antes de Goles.

No fué el deseo de ostentación lo que movió el espíritu de D. Fernando á construir aquel palacio y plantar aquellos jardines, sino su amor á la ciencia y á las artes, estableciendo en el edificio su famosa biblioteca y cultivando en el jardín plantas traídas de América, de lo que da testimonio el zapote que aun se conserva en el lugar que todavía se llama Huerta de Colón. Durante esta época presidía en Sevilla, por ausencia de Sebastián Caboto, el tribunal que se constituyó para examinar á los pilotos que intentaban pasar á las Indias.

No fué éste el único encargo del Emperador que desempeñó por aquella época, pues en 1529 lo tuvo para entender en la capitulación, mediante la cual se empeñaron las Molucas como garantía de un préstamo hecho por el rey de Portugal á Carlos V, falto de medios para sus grandes empresas. Hay algunos indicios de que en el año siguiente de 1530 volvió á Italia D. Fernando, y que hizo en los siguientes varios viajes, sin duda desempeñando comisiones de gobierno, por Francia y por España, según las notas de algunos de sus libros, pero es casi seguro que desde 1535 residió ordinariamente en Sevilla, donde procuró fundar una escuela de náutica bajo el nombre de Colegio Imperial, y donde falleció el jueves 9 de Julio de 1539, habiendo sido sepultado en la nave del centro de la catedral detrás del coro, en el lugar en que se levanta el magnífico monumento para las solemnidades de la semana santa, *ras con ras de todo el suelo* según dispuso en su testamento, es decir, sin túmulo ni estatua, por lo cual y habiéndose perdido su retrato auténtico que poseyó Argote de Molina, no se sabe de su persona, sino que fué robusto y gigantesco.

De sus dotes intelectuales dan claro testimonio, además de las comisiones que desempeñó por encargo del Emperador sus numerosos escritos todos inéditos, salvo la vida de su padre, que repetidas veces se ha impreso traducida al italiano por Ulloa, y acerca de la cual el Sr. Harris escribió un ensayo para probar que no fué don Fernando historiador de su padre. Yo demostré palmariamente su error en mi *Vida y escritos del P. Fr. Bartolomé de Las Casas*, y á duras penas lo ha reconocido el autor americano en sus estudios críticos publicados en 1884, aunque como es de suponer, sin hacer mención de mi trabajo publicado diez años antes.

Mientras no se le rinde otro más digno, sirva este escrito de tributo á nuestro primer bibliógrafo, y lamentemos que el descuido en que estuvo por largos años su biblioteca y las depredaciones que ha sufrido, disminuyan el valor de una colección que, á juzgar por los catálogos que de ella se conservan, contenía casi todos los libros publicados especialmente en España, en el primero y más interesante período de la imprenta.

A. M. FABIÉ.



ARBOL AMERICANO LLAMADO ZAPOTE DE LA HUERTA DE COLÓN.
SEVILLA.